LA HISTORIA DEL CARLISMO DE STANLEY G. PAYNE

Alfonso Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera
Universidad CEU San Pablo. Madrid

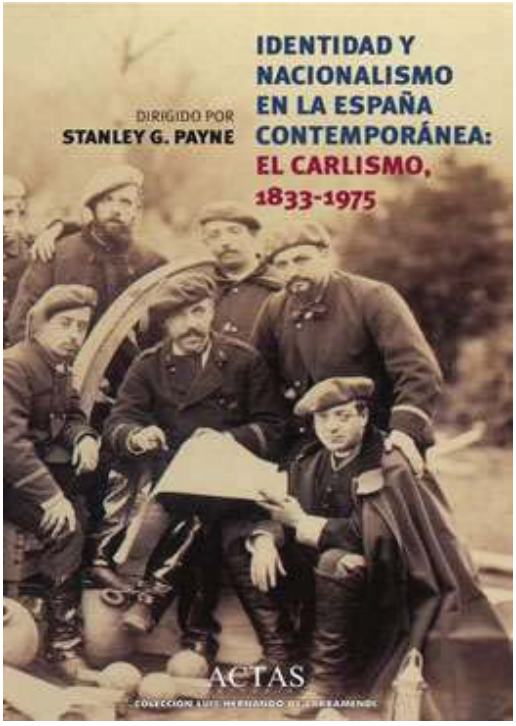
RESUMEN:

En este artículo se aborda el trato que Stanley G. Payne da al Carlismo en su obra. Cómo fue su ideología, cuál fue su origen y qué papel ha jugado en los acontecimientos más destacados de la España de los siglos XIX y XX.

ABSTRACT:

This article deals with Stanley G. Payne's treatment of Carlism in his work: Carlism's ideology, its origins, and its role in the most outstanding events of nineteenth and twentieth century Spain.

PALABRAS CLAVE: *Carlismo, Ley Sálica, liberalismo.*
KEYWORDS: *Carlismo, Salic law,, liberalism.*



A pesar de su amplísima obra historiográfica, lo primero que viene a la mente cuando se habla de Stanley Payne es su tesis doctoral sobre la Falange y sus estudios sobre el fascismo. Sin embargo Payne es también autor de una notable *Historia del Carlismo*, pequeña en extensión, pero de indudable valor, que creemos merece la pena recordar. Y aunque la obra a que nos referimos no vio la luz hasta 1995, para encuadrarla debidamente debemos retrotraernos hasta diciembre de 1958, cuando durante una de sus estancias en España Payne pasó por Pamplona y tuvo ocasión de conocer a algunos de los más destacados carlistas navarros:

> Cuando llegué al Hotel La Perla, en la Plaza de Castilla, tomé contacto con los Baleztena por teléfono. Dolores Baleztena me dijo

> que estaban de tertulia en casa en ese momento y me invitó a pasar por allí. Fue el primer contacto. En seguida me causaron una gran impresión por su simpatía y cordialidad, gente abierta, directa, genuina y sin afectaciones. No digo que los madrileños de entonces no eran buena gente, sino que los carlistas de Pamplona eran diferentes. Allí me entrevisté con mucha gente, carlista y no carlista. Fue Jaime del Burgo quien me señaló a un joven carlista navarro, casado con una americana, que trabajaba en Madrid. Fue Francisco Javier de Lizarza. Me puse en contacto con él cuando regresé y pronto nos hicimos amigos.[15]

Fue el principio de una gran amistad, reforzada al año siguiente durante una estancia de Lizarza en Estado Unidos, y continuada a lo largo de los años, siendo Payne invitado en múltiples ocasiones a pasar parte del verano en la casa que Javier tenía en Lizaso: "He tenido muchos amigos españoles, todos ellos buenas personas, pero siempre consideraba a él como el mejor."[16] Lizarza le comentó que había conservado la documentación que tenía su padre sobre los tercios de requetés, y que además, en compañía de Ángel Lasala, se había dedicado a aumentarla con numerosos testimonios. Buscaba a alguien que pudiera hacer un libro con toda la información recogida, y fue Payne quien le propuso el nombre de Julio Aróstegui, que se había doctorado con una tesis sobre el carlismo alavés elaborada bajo la dirección de Vicente Palacio Atard. Sin embargo, y pese a que Lizarza financió generosamente la realización del trabajo, este tardó mucho en elaborarse. De hecho, cuando a mediados de los años ochenta del pasado siglo hablé con Aróstegui para que me dirigiera la tesis, me dijo que sólo lo haría si elegía como tema los tercios de requetés, supongo que con la idea de que le ayudara en sus investigaciones. Pero, por aquel entonces, ni la guerra civil ni los tercios de requetés me interesaban lo más mínimo, motivo por el que elegí otro director de tesis y trabaje sobre el tema que a mí me interesaba: la Primera Guerra Carlista. Cierto es que posteriormente me pasó un poco como a Payne, e incluso al propio Aróstegui, pues al entrar en contacto con los carlistas navarros durante mis estancias en Pamplona para ver los fondos del Archivo General de Navarra y de su Universidad tuve ocasión de conocer a antiguos combatientes de los tercios y pude comprobar que eran gentes ciertamente notables.

Lizarza falleció en Madrid el 12 de octubre de 2007, cuando ya había visto la luz una primera y muy defectuosa edición, debido al mal hacer de la imprenta, del libro de Aróstegui sobre los requetés.[17] No tuvo por tanto ocasión de ver la aparición de la edición definitiva de esta obra, como tampoco el propio Aróstegui, que falleció semanas antes de la misma.[18] Pocos meses después de la muerte de Lizarza apareció la primera edición del libro de Payne: *España, una historia única*, dedicado por el autor al más entrañable de sus amigos españoles.

"A través de Lizarza –cuenta Payne en el correo electrónico que he mencionado anteriormente- conocí a muchos otros carlistas de Madrid (y a

[15] Cita procedente de un correo electrónico de Stanley Payne al autor de estas líneas remitido el 24 de mayo de 2016.

[16] *Ibídem*.

[17] ARÓSTEGUI, Julio: *Los combatientes carlistas en la Guerra Civil Española*. Madrid, Aportes XIX, 1991, 2 vols.

[18] ARÓSTEGUI, Julio: *Combatientes requetés en la Guerra Civil Española*. Madrid, la esfera de los libros, 2013.

otros amigos también). Colaboré con algún proyecto historiográfico con ellos. La breve historia del carlismo que preparé fue una idea de ellos, que me pidieron." El folleto se insertó así en una colección editada por la Comunión Tradicionalista Carlista, de la que Lizarza fue algún tiempo secretario general, y ello explica que haya tenido poca difusión y apenas eco dentro del mundo académico.[19] Y sin embargo es obra que tiene interesantes aportaciones y planteamientos.

Desde el punto de vista formal se trata de un folleto de 52 páginas, de las que 43 son de texto y que se distribuyen de manera desigual a la hora de tratar las diversas épocas del carlismo:

Índice
1 página

Introducción
1 página

Orígenes del carlismo
2,5 páginas

Primera guerra carlista
7,5 páginas

El carlismo entre la 1ª y la 3ª guerra 2 páginas

Tercera guerra carlista
2 páginas

Carlismo y nacionalismo en el XIX 2,5 páginas

El carlismo hasta la Segunda República 3,5 páginas

El carlismo y la Segunda República 6 páginas

Guerra civil 1936-1939
6,5 páginas

El carlismo en la época de Franco
5 páginas

El carlismo en la Transición
1,5 páginas

Bibliografía
2 páginas

El desglose de contenidos creemos que es de interés pues da una idea de cuáles son los momentos que el autor considera más relevantes en la historia del carlismo. Destacan así las 7,5 páginas que se dedican a hablar de la Primera Guerra Carlista, con gran diferencia la más importante de las contiendas en que participa el carlismo durante el siglo XIX, las seis páginas con las que si incluimos el nacionalismo cuenta el periodo que va desde el final de la Tercera Guerra Carlista hasta el comienzo de la Segunda República, y las 12,5 páginas que abordan el carlismo entre 1931 y 1939. Como puede observarse, y como es completamente lógico, no hay relación directa entre el número de páginas que se dedica a cada uno de los periodos en que hemos condensado la obra y el número de años que abarca. Los siete años de la Primera Guerra Carlista y los ocho años de la Segunda República y la Guerra Civil reciben sin duda una atención muy superior al resto de los periodos estudiados.

Por su extensión es evidente que no cabe esperar de esta obra aportes fundamentales desde el punto de vista de los datos, pero pese a su brevedad si los tiene desde el punto de vista interpretativo. Y desde nuestro punto de vista el más importante de los mismos es el que hace en la introducción, donde señala que la transición del Antiguo al Nuevo Régimen fue traumática en España, pero también en otros países europeos, y que tampoco fue nuestro país el único en que el liberalismo tuvo una gran debilidad inicial, pese a lo cual "en ningún otro lugar mostró tal vigor y continuidad un movimiento legitimista-

[19] PAYNE, Stanley G: *Historia del carlismo*. Madrid, Comunión Tradicionalista Carlista, 1995, 52 pp.

tradicionalista."[20] En su opinión, la explicación de la fuerza del carlismo radicaría en dos factores específicos del caso español:

> "el poderoso desarrollo de la cultura y religión tradicionales, así como el de ciertas instituciones públicas del Antiguo Régimen de España, combinado todo ello con el juego de acontecimientos históricos concretos durante el siglo XIX y la primera parte el XX.
>
> Debe tenerse en cuenta que la civilización occidental difiere profundamente de otras grandes civilizaciones histórico-mundiales al haberse desarrollado en dos ciclos históricos relacionados, pero también muy distintos desde aproximadamente el siglo VIII al XVIII, y el de la moderna de los siglos XIX y XX […]
>
> España tuvo un papel directivo en el desarrollo de la civilización tradicional de Occidente especialmente en los siglos XVI y XVII. Aunque España no inició una temprana transición a la modernidad, como lo hizo la Europa noroccidental durante el siglo XVII, desarrolló una cultura y algunas instituciones de la civilización tradicional occidental hasta un nivel más elevado que el de otras partes de Europa.
>
> Esto dio a la religión y a la monarquía tradicional, y a otras instituciones tradicionales, un vigor mayor del que pudiera encontrarse en otras tierras en que tales fuerzas fueron, o más débiles, o estuvieron divididas, política o eclesiásticamente. Esta base más poderosa tradicionalista de España puede ser considerada como un factor a priori de la fuerza del Carlismo, que fue también alimentada y desarrollada por sucesos históricos y políticos concretos."[21]

Centrándonos ya en temas más específicos, Payne señala el doble origen de la oposición al liberalismo en España: el tradicionalismo absolutista y el tradicionalismo reformista. El primero de ellos triunfaría en 1814, con la restauración del absolutismo como si los años pasados se quitasen "de en medio del tiempo". El segundo jugaría un papel en la regencia de Urgel, surgida durante el Trienio Liberal para hacer frente a los constitucionalistas. Pero la política de Fernando VII tras su restauración como monarca absoluto fue oscilante, y ello hizo que algunos sectores empezase a mirar hacia su hermano y futuro heredero, el Infante Don Carlos, como la persona que podía garantizar el triunfo de sus ideas. No sabemos como habría seguido la historia sino hubiera tenido lugar el cuarto matrimonio de Fernando VII, efectuado con su sobrina María Cristina de Nápoles. Este enlace dio al monarca no uno, sino dos descendientes, pero al ser ambos mujeres quedaban postergados en la sucesión al infante Don Carlos sino se cambiaba el autoacordado de 1713 por el que Felipe V había introducido en España una ley de sucesión a la corona de carácter semisálico. El cambo de la legislación sucesoria por parte de Fernando VII, efectuado sin cumplir los trámites que marcaba la legislación vigente, acabaría dando lugar a una contienda donde los partidarios del Infante, que a partir de ese momento serán conocidos como

[20] *Ibídem*, p. 9

[21] *Ibídem.*

carlistas, tomaron las armas "en nombre de los derechos legítimos de Don Carlos y la conservación de las instituciones tradicionales."[22]

La gran ventaja inicial de María Cristina fue que contaba con el control de todos los resortes del Estado, tanto civiles como militares. Además inició una apertura política, no exenta de convulsiones, con el propósito de conseguir el apoyo de los liberales. "La insurrección duraría 7 años, "fue la primera y más larga de las cuatro guerras civiles de la España contemporánea y ciertamente una de las más sangrientas."[23]

Como señala muy acertadamente el profesor Paye: "Los 'cristinos', o partidarios de la nueva monarquía liberal de la Reina-regente María Cristina, tenían ventajas claves. Controlaban el aparato del Estado con su capacidad para la movilización militar y financiera, junto con todo el ejército regular. Además, disfrutaban del decisivo apoyo financiero y militar extranjero, después de la firma de la Cuádruple Alianza en 1834 con los regímenes de las monarquías liberales de España y Portugal". Su debilidad residía en el hecho de que el liberalismo era un credo todavía escaso fuera de las grandes ciudades y de algunos sectores de las elites. España todavía era "un país católico y rural, y la mayor parte de su población no compartía aquel credo que, durante una generación, o así, continuaría siendo un movimiento minoritario. Las levas militares forzosas se encontraron así con evasiones o resistencias, al ser sólo los jóvenes aldeanos aprehendidos para el servicio militar, algunas veces sólo mediante el empleo de la fuerza, con la consecuencia del alto porcentaje de deserciones y de la baja moral."[24] Esa necesidad de partir de la nada originó que las primeras fuerzas carlistas fueran en buena medida partidas irregulares y sin organización.

"El carlismo recibió su mayor apoyo en aquella zonas donde las instituciones tradicionales eran más fuertes, y en cierta manera en aquellas que se oponían con más vehemencia al control centralista de Madrid. En las tres Provincias Vascongadas y en Navarra las instituciones tradicionales, políticas y administrativas, todavía sobrevivían y por tanto suministraron un entramado para la movilización de voluntarios en apoyo de Don Carlos y de los principios del tradicionalismo." Los carlistas vascongados asumieron desde el primer momento la defensa de los fueros como factor del movimiento, "aunque el programa carlista no quedara redactado formalmente en tales términos hasta varios años más tarde."[25]

Pese a las breves páginas que puede dedicar a este conflicto, Payne incide bastante en el apoyo popular de causa carlista, que no se limitaba a los lugares en que actuaban sus tropas: "Tuvieron apoyos en todas las regiones y generalmente los observadores extranjeros están conformes en reconocer que disfrutaban de mayor apoyo entre las gente sencilla de casi todas las provincias que el que tuvieron los cristinos […] hasta en una fecha tan alejada como 1880 los liberales emplearon el argumento del apoyo popular al Carlismo como una razón para justificar la limitación del sufragio electoral en España." Considera que el liberalismo fue ante todo un movimiento urbano de élite, "a menudo apoyado por los altos estratos de la nobleza, que podía convertir así señoríos limitados en propiedad absoluta", mientras que la dirección del carlismo a nivel local provenía "de la pequeña

[22] *Ibídem*. p. 12.
[23] *Ibídem*.
[24]En *Ibídem*, p. 14, señala que "aunque los carlistas llegaron a introducir finalmente la conscripción en las zonas sujetas a su control, la popularidad relativa de su causa, especialmente en las regiones del Norte y Noreste, quedaba demostrada por el mantenimiento de una alta moral, aun después de que la paga de los soldados fuese reducida a un real al día."
[25] *Ibídem*, p. 13.

aristocracia, del clero y de las clases medias provinciales, y aun de los jefes de guerrillas, venidos de las clases más bajas." Y añade al respecto:

> "durante la pasada generación se ha desarrollado la teoría entre algunos historiadores que el Carlismo constituyó una especie de revuelta social de campesinos pobres, que eran la mayoría de los españoles en aquella época y que había verdaderamente una considerable antipatía contra la elite capitalista liberal. Pero el Carlismo no fue una mera revuelta social o de clase; constituyo por el contrario, un amplio movimiento político popular con sus propios objetivos. De acuerdo con los valores tradicionales de la civilización occidental, el Carlismo afirmó el principio de la propiedad privada. Además, conforme a estos valores, mantuvo que esa propiedad estaba sujeta a ciertas normas y a su regulación por el Estado y la sociedad para un uso apropiado. No hay prueba alguna de ningún proyecto carlista de redistribución de la propiedad, pero sí una constante defensa de los principios y usos tradicionales en el empleo de la riqueza y de la propiedad. Así en muchas partes de España los campesinos sencillos vieron en el Tradicionalismo no un mero asunto de legitimidad sucesoria y de unidad religiosa, sino también una defensa de los derechos tradicionales del campo contra la insistencia liberal de aumentar la propiedad privada y una más amplia e impersonal economía capitalista de mercado."[26]

Característica notable de la obra de Payne es la importancia que tanto en este como en otros momentos da a recoger la ideología carlista, tema que hasta la fecha había estado bastante olvidado, si bien comienza advirtiendo que "No era necesaria una ideología formal elaborada, porque el Carlismo constituía la defensa de actitudes y valores preexistentes que eran ampliamente compartidos y de instituciones que todavía existían, o habían existido hasta muy recientemente."[27] Acto seguido hace un resumen de las aportaciones que sobre el tema acababa de publicar Alexandra Wilhelmsen y recoge el papel que dentro de su doctrinaba jugaban las leyes e instituciones que limitaban las atribuciones del monarca, haciendo hincapié, en el caso de las cortes, cuyo papel era completamente diferente de las liberales, "Los carlistas mantenían que las Cortes debían representar la estructura existente de la sociedad y de los cuerpos intermedios, más que los votos individuales y de los partidos políticos rivales. Su misión era aconsejar a la Corona, estudiar las propuestas de legislación real y votar los impuestos. Para los carlistas era particularmente importante que la estructura política reconociese la diversidad social, institucional y regional del país. La total centralización y el simple voto individual –fuera o no democrático- suprimirían los intereses específicos de las regiones y provincias e ignorarían la composición orgánica de la sociedad que todavía existía."[28] Dado que el texto se escribió en 1995, al hablar de la defensa por parte del carlismo de las libertades concretas Payne no duda en reproducir los textos que por aquella época se atribuían a Marx sobre el legitimismo, pero que

[26] *Ibídem*, p. 14.

[27] *Ibídem*, p. 14.

[28] *Ibídem*, pp. 15-16.

recientemente se ha documentado son apócrifos.[29]

Un dato interesante que recuerda Payne al hablar del final de la Primera Guerra Carlista es su auténtica envergadura, que muchas veces queda oscurecida incluso en trabajos de mucha mayor extensión: "Había sido un conflicto exhaustivo y las pérdidas de vidas proporcionalmente tan grandes como en la posterior guerra civil de 1936-1939 (alrededor del 1% de la total población española en ambos casos). El significado más amplio del conflicto fue que había llegado a ser la primera de las guerras modernas civiles, revolucionarias-contrarrevolucionarias. Tales guerras llegarían a ser típicas del siglo XX, comenzando con los choques rusos de 1905-6 y 1917-20, y desde entonces se propagaron literalmente por todo el mundo."[30] También resalta que fue presagio de las guerras civiles revolucionarias-contrarrevolucionarias del siglo XX de otra manera: "su frecuente ferocidad", pues "las guerras civiles revolucionarias-contrarrevolucionarias son a menudo guerras de extremismos, invocándose las últimas creencias y no dándose cuartel a los luchadores."[31]

Pese a su derrota, Payne considera que el carlismo había conseguido dos objetivos: primero, que el liberalismo español fuera empujado hacia la derecha, siendo su forma predominante "más deferente a los intereses católicos que casi cualquier otro sistema liberal en Europa" y segundo, "la conservación de algunos de los principales aspectos de las instituciones forales autonómicas en las tres Provincias Vascongadas y en Navarra."[32]

Tras el fracaso de la Segunda Guerra Carlista y de la conspiración que concluyó en San Carlos de la Rápita el carlismo quedó en una situación muy precaria, máxime cuando la rápida muerte del conde de Montemolín puso al frente de la dinastía a un monarca de ideas liberales, Juan III, primero de los de su nombre y ordinal y que al igual que el segundo jamás llegó a reinar. Pudo haber sido el final del carlismo, pues su nuevo líder estaba dispuesto a reconocer a Isabel II, pero "Para el Carlismo, los principios políticos eran más importantes que sólo las pretensiones dinásticas y jurídicas. El Carlismo fue un movimiento basado en la doctrina y en la ideología, y en este aspecto se diferencia de casi todos los demás movimientos legitimistas europeos, apoyados esencialmente en reclamaciones dinásticas. "[33] Surgió así la teoría de la doble legitimidad, la de origen y la de ejercicio que, favorecida por el entorno de la crisis de la monarquía isabelina, y no dificultada por don Juan, hizo que sus derechos dinásticos pasaran al mayor de sus hijos, Carlos VII, "el más dinámico y carismático de todos los pretendientes carlistas." Su programa político, reforzado con la aportación de los neocatólicos (Payne considera que Aparisi y Guijarro, que se unió al carlismo en 1869, fue el más completo teórico que había tenido el tradicionalismo hasta la fecha), no fue "un intento de volver a las leyes y estructuras de 1833 sino introducir ajustes básicos en consonancia con los principios tradicionalistas."

La derrota en esta nueva guerra fue seguida por la abolición de los fueros vasconavarros, aunque se conservasen privilegios fiscales:

> "Para el final del siglo XIX las instituciones tradicionalistas fueron

[29] *Cfr.* ALCALÁ, César: "Karl Marx y el carlismo: reflexiones reales o apócrifas", en *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 2003, núm. 53, pp. 82-93.
[30] PAYNE: *Ibídem*, p. 18.
[31] *Ibídem*, p. 19.
[32] *Ibídem*, p. 20.
[33] *Ibídem*, p. 21.

> quedando reducidas a un recuerdo, mientras que en las dos provincias vascas del Norte, es decir, Guipúzcoa y Vizcaya, se aceleraban los procesos de urbanización y superpoblación. Aunque el tradicionalismo español había resistido más tenaz y valientemente que lo habían hecho los tradicionalistas en parte alguna en Europa –y habían conseguido un buen número de grandes triunfos- el sistema liberal había ganado. El carlismo permaneció siendo una causa política popular en las Provincias Vascongadas, en Navarra, en Valencia y en Cataluña, pero los nuevos procesos de cambio social y económico estaban alternado el carácter de la sociedad de toda España. Muchos predijeron la total desaparición del tradicionalismo, a principios del siglo XX."[34]

Por si fuera poco el carlismo habría de hacer frente a la aparición del nacionalismo vasco, y a las divisiones protagonizadas por Nocedal (integrismo) y Vázquez de Mella (mellismo). "Para los años 20, por tanto, el tradicionalismo estaba dividido políticamente y perdió más partidarios. Su carácter más ideológico que meramente dinástico se había acentuado."[35] Sin embargo para Payne no todo fue negativo, pues en su opinión Mella, "aunque eventualmente dividió al carlismo […] hizo una gran contribución al mismo reelaborando la ideología tradicionalista en un código de doctrina para el siglo XX perfectamente desarrollado y coherente", cuyo objetivo era "evitar la tiranía del Estado de un lado y la división social y política de otro." En su opinión: "La exposición más completa en una sola pieza de la doctrina carlista del Estado del siglo XX, basada en esta formulación, aparecería en el trabajo de Víctor Pradera, *El Estado nuevo*, publicado en 1935. Este libro fue muy apreciado por Francisco Franco, aunque tuvo mucho cuidado en no intentar nunca poner en práctica sus fórmulas."[36]

El derrumbamiento de la monarquía liberal en 1931 fue una nueva oportunidad para el carlismo, pero también un desafío: "El advenimiento de una república anticlerical le proveyó con el estímulo más fuerte conocido desde 1873 para la movilización del apoyo católico y tradicionalista, contra un régimen laico y radical, un estímulo que los carlistas sabrían explotar eficazmente para la reorganización y expansión de un movimiento que, pocos años antes, parecía haber sido superado por el curso de la historia." Pero tenía que combatir en una sociedad mucho más secularizada que en la época de la primera república, y contras las nuevas derechas no liberales que habían surgido, representadas por Renovación Española desde el punto de vista monárquico y la CEDA dentro del catolicismo accidentalista. Y por supuesto, también la Falange, si bien esta no fue gran cosa hasta 1936.

Tras la muerte de Don Jaime, en 1932, se unificaron todas las ramas del carlismo en torno a su nuevo monarca, Don Alfonso Carlos, y surgió la Comunión Tradicionalista Carlista, en cuyo seno siguió habiendo divisiones entre los sectores más posibilistas, encabezados por el conde de Rodezno, que buscaban el acuerdo con otras fuerzas políticas, y los más intransigentes, representados por Fal Conde. Payne, que hace un buen resumen de los preparativos carlistas para el alzamiento, señala la importancia que tuvo su aportación en los primeros momentos de la guerra:

[34] *Ibídem*, p. 23.
[35] *Ibídem*, p. 26.
[36] *Ibídem*, p. 27.

> Durante los primeros dos o tres meses de la guerra civil solamente los requetés eran 20.000, o más. La importancia de esta cifra se entiende mejor teniendo en cuenta que la totalidad del Ejército regular alzado en las primeras semanas podía no ser más de 85.000/90.000 hombres. Las fuerzas carlistas fueron de una importancia vital en la zona norte alzada, en algunos sectores de la cual proporcionaron, al principio, la mitad o más de los combatientes.[37]

En los primeros tiempos de la guerra los carlistas mantuvieron su propia organización civil y militar, hasta que Franco se molestó por el intento de Fal Conde de crear una Academia Militar carlista y le invitó a desterrarse. Después vino la unificación, donde ya el nombre, FET de las JONS, dejaba bastante de lado al carlismo, pero más aún la realidad, pues Franco "personalmente profesaba el mayor respeto por la doctrina tradicionalista; pero a la vez declaraba que estaba demasiado fuera de moda para poder lograr la movilización social y política de las grandes masas necesarias para consolidar institucionalmente un régimen nuevo en el siglo XX", por lo que la mayor parte de los puestos del partido único recayó en manos de los falangistas.[38] El resultado fue que

> "La situación del Carlismo después de la victoria de Franco resultaba paradójica. Había contribuido al triunfo proporcionalmente más que cualquier otra fuerza política, aunque, como era temido por Fal Conde, el resultado no iba a ser una victoria política del Carlismo. Franco había ciertamente cumplido la promesa de Sanjurjo y de Mola de restaurar la bandera tradicional, de dejar la gobernación de Navarra mayormente en manos de carlistas y eliminar los partidos políticos, pero el carácter de su mandato se alejó bastante de esas normas políticas. Había restaurado también la unidad católica de España, pero en el proceso había creado una dictadura política absoluta, no limitada por ninguna Constitución, leyes fundamentales o Cortes, que negaba las autonomías regionales y la soberanía social de los cuerpos intermedios. La Comunión había sido fusionada por la fuerza con Falange y subordinada a ella; para el final de la guerra parecía que Franco había señalado el curso hacia una creciente fascistización del Estado."[39]

"La única institución del Estado más poderosa que FET en este momento era el ejército, dirigido por el Teniente General carlista José Enrique Varela, Ministro del mismo desde 1939". El incidente de Begoña tuvo como consecuencia el relevo de Varela, pero también el de Serrano: "Desde este momento, el peligro de una mayor fascistización disminuiría constantemente. No hay duda de que Varela, el grupo militar más importante y los carlistas jugaron un importante papel en conseguir el asegurar esta salida."

[37] *Ibídem*, p. 36.
[38] *Ibídem*, p. 40.
[39] *Ibídem*, p. 42.

Entre 1942 y 1947: "Franco restauró la monarquía aunque con él mismo como el más poderoso regente de por vida. También reformó su sistema como estado corporativo católico mucho más próximo al modelo carlista definido por Vázquez de Mella y Pradera, y así el sistema español de los años 1945-1947 sería mucho más afín a los carlistas que el de 1939-1942. Donde todavía diferiría del Carlismo era en su negativa de aceptar el principio de la legitimidad monárquica y en sumo grado su autoritarismo centralizado, que continuaría negando los derechos de autonomías y la soberanía social."[40]

Payne recoge también la división del carlismo después de la guerra y resalta la importancia que pudo tener Carlos VIII, nieto de Carlos VII por línea femenina: "Mirando hacia atrás, podemos decir que se dio entonces la última oportunidad de poner un genuino rey carlista en España, aceptable en sus principios a Franco, que era la única persona con poder político para llevar a cabo una restauración. Pero los carlistas no fueron capaces de cerrar filas detrás de Carlos VIII, en buena parte debido a la oposición decidida de Fal Conde. Este había venidó a hacerse un antifranquista extremista tenaz, y definió a Carlos VIII como una hechura de Franco con que combatir a Don Juan."[41] En cualquier caso Carlos VIII falleció sin descendencia mucho antes de que Franco se planteara la posibilidad de designar un sucesor. El 31 de mayo de 1952, Don Javier de Borbón Parma, que había sido nombrado regente por Don Alfonso Carlos, cedió a los ruegos de Fal Conde y accedió a proclamarse heredero de la legitimidad dinástica. Fal Conde no tardó en ser relevado al frente de la Comunión por José María Valiente, y se inició entonces una política de acercamiento al régimen. Otros sectores del carlismo optaron por el reconocimiento de Don Juan, una vez este aceptó los principios de la monarquía tradicional.

La aparición en escena de Carlos Hugo, el mayor de los hijos de Don Javier, y de sus hermanas, las denominadas "princesas rojas", supuso un giro de la organización carlista que los seguía hacia posiciones democráticas y socialistas, "a pesar que mucho de esto contradecía los principios del tradicionalismo." Carlos Hugo pasó a ser presentado como la alternativa izquierdista a Don Juan Carlos. "Los genuinos tradicionalistas quedaron asombrados, unos disgustados, otros fascinados", máxime cuando en 1972 Carlos Hugo "anunció la causa carlista como la de 'la monarquía socialista', que aceptaría un parlamento elegido por los partidos políticos e insistía en la planificación estatal de la economía y la socialización de la propiedad." En abril de 1975 Don Javier abdicó en él sus derechos y el nuevo pretendiente "llevó al nuevo Partido Carlista a las elecciones democráticas de 1977, ya muerto Franco. Estas, sin embargo, demostraron ser una total desilusión, porque para entonces España estaba llena de partidos de izquierdas –literalmente, gran número de ellos-. Es esfuerzo de transformar el tradicionalismo en una clase de socialismo quedó totalmente ignorado por el electorado."[42]

Un movimiento como el carlismo, que ya había demostrado que primaba la legitimidad de ejercicio frente a la de origen, acabó reaccionando frente a Carlos Hugo y en mayo de 1986 (en el folleto no se menciona a don Sixto ni los sucesos de Montejurra de 1976), los grupos carlistas de orientación tradicionalista que aún pervivían se unieron en la refundada Comunión Tradicionalista Carlista, cuya junta de gobierno fue encabezada por Domingo Fal, hijo de Fal Conde, y cuyo secretario general fue Francisco Javier de Lizarza

[40] *Ibídem*, p. 43.
[41] *Ibídem*, p. 45.
[42] *Ibídem*, p. 47.

Inda, hijo de quien fuera jefe de los requetés de Navarra en 1936. Aunque no lo recoge Payne, el año anterior a la publicación del libro que glosamos la Comunión Tradicionalista Carlista se presentó a las elecciones europeas, es las que obtuvo un resultado de 5.226 votos (0,03% del electorado). A las mismas también concurrió el Partido Carlista, que consiguió 4.640 votos (0,02%). Estos resultados, buena expresión de la escasa relevancia política del carlismo en la España de hoy, pueden hacer que tendamos a olvidar algunos extremos que Payne nos recuerda al final de su obra:

> "El Carlismo es a menudo considerado como la última 'causa perdida' de la historia contemporánea y es cierto que los carlistas nunca pudieron traer la monarquía tradicional al poder. No perdieron todas las guerras civiles, triunfaron en los primeros conflictos en 1814 y en 1823 y jugaron un papel decisivo en la victoria nacional de 1939. También jugaron un importante papel en el fortalecimiento del Catolicismo en España durante el siglo XIX y primeros del XX y en el mantenimiento de los principios de los derechos regionales y provinciales, particularmente durante el siglo pasado. Sin el Carlismo, la forma de la moderna historia de España habría sido considerablemente diferente, más pacífica quizás, pero menos católica, menos monárquica y más centralizada."[43]

A pesar de los años transcurridos desde su publicación,[44] quien lea hoy la síntesis de la historia del Carlismo redactada por Stanley Payne obtendrá una visión del mismo enormemente sugestiva y que incita a más de una reflexión.

[43] *Ibídem*, p. 48.

[44] El libro se completa con una breve bibliografía/estado de la cuestión en las páginas 49-50 que demuestra un profundo conocimiento de las obras aparecidas en la época.